



Nadie aborrece tanto el pecado como Jesús, porque nadie ama al hombre más que él. Sin embargo, no condena a quien se equivoca (y no permite que nadie le arroje piedras) para no añadir otro quebranto al mal que el pecador ya se ha hecho a sí mismo...

Esta página del Evangelio sigue incomodando hoy tanto como lo hizo entonces. Sigue inquietando a quienes continúan arrogándose, desde la roca inexpugnable de su respetabilidad, el derecho a lanzar piedras, no ya con las manos, sino difamando, marginando, pronunciando juicios severos, alimentando desconfianzas, difundiendo habladurías. Jesús no tolera que nadie arroje estas piedras dolorosas y crueles contra quienes apenas se sostienen de pie, doblegados bajo el peso de los propios errores.

(P. Fernando Armellini)